

actitudes que adoptamos cotidianamente. La realidad es asaeteada de mil formas por medio de las imágenes e innumerables comparaciones y desarrollos imaginativos no alegóricos, como observamos en el apartado dedicado en este libro a Vicente Aleixandre⁵. En el poema titulado «Desde que yo le conocí», el término real (a) la llegada estruendosa de la vejez y la consiguiente emoción es comparada al sentimiento producido por el advenimiento inesperado de un alud (b), que progresivamente se desarrolla en otros términos tales como tromba de agua (b₁), corrientes oceánicas (b₂), regiones árticas, polar destino (b₃), determinados metonímicamente por «soplo helado, blancura interminable», con claras alusiones a la muerte.

Si en toda la poesía de Bousoño existe un claro intento de asombrar, en éste el lector siente un continuo zarrandeo pese al empleo insistente de elementos lingüísticos retardatarios (paralelismos, adjetivos, adverbios, hipotaxis, superposiciones...). Las paradojas, antítesis (recursos básicos de este libro) se suceden ininterrumpidamente en estos versos:

entre Aquiles y la parsimonia,
o la tortuga y la desesperación
sagrado el regocijo entre las frescas llamas.

en un poema culturalista «Recordando a Pastora Imperio».

Lo mismo que los finales deslumbrantes e inesperados con los que consigue no sólo ruptura sino truncamiento de lo expresado, lo que alejado del poema clásico, con su último verso bien trabado y peinado, presta una atmósfera onírica de la que sin duda está impregnado todo el libro: Así en los poemas «El amor» y «El tejedor», existiendo en éste una clara adecuación entre el tono grotesco del tema (el hombre en la vida cose su propia tela que apayasa su figura) con lo incongruente del final:

yo tendido en el suelo el taller no lo veo donde está donde yazgo
donde estuve que he sido que he tenido que ha habido
y yo habría yo hubiera
y unas aguas cantaban entonaban decían...

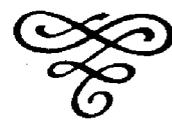
Junto a ello la rima interna y la similitud que en lugar de tener una orientación manierista y forzada consigue un efecto lúdico y de entretenimiento con la palabra, extrayendo de la misma todas sus posibilidades expresivas, aún las más insólitas y desacostumbradas, pro-

vocando por algunos momentos «el sueño de la razón» (título de otra parte de *Metáfora del desafuero*) librándonos al final de nuestro horrendo afán, es decir, la vida humana, como finaliza el libro con el poema «Redención».

Este vanguardismo apoyado por una parte en el irracionalismo y por otra, en su vertiente técnica, en la ruptura y la *boutade* hacen que la poesía de Carlos Bousoño haya experimentado una evolución muy destacable, en la que *Metáfora del desafuero* representa un hito importante, tanto en su obra poética como en la historia de la poesía española actual.

Como poemas representativos de *Metáfora del desafuero*, pese al riesgo que ello comporta, dada su altura literaria, señalemos: «Nacimiento de la palabra», «En la muerte de Vicente Aleixandre», «Ars moriendi», «Felipe II y los gusanos», «La belleza humana», «La encerrona» y «El tejedor».

Santiago Fortuño Llorens



⁵ Una reseña algo más detallada sobre *Elegías* (a Vicente Aleixandre) la realizamos en *Insula*, 508, abril 1989, pág. 20 y 21.

La polémica modernista*

Nada más acertado que titular «la polémica modernista» a uno de los libros capitales que se inscriben en la todavía no agotada tendencia crítica que plantea una suerte de revisión del concepto de modernismo, intentando desentrañar las claves de su vigencia estética en las letras de este siglo.

Ignacio Zuleta, cuya familiaridad con el tema propuesto no es nueva (recuérdese su estudio preliminar y notas a la edición de *Prosas Profanas* de Rubén Darío, para la editorial Castalia en 1983, además de otros estudios y artículos publicados), despliega en los doce capítulos de esta obra el fruto de sus esclarecidas indagaciones, acrisoladas en la lectura de un voluminoso aparato erudito, acerca del encuentro intercontinental entre el modernismo hispanoamericano y la literatura enrolada en la generación del 98 española.

La obra de Zuleta consigue ir eslabonando las distintas etapas que atraviesa la recepción del movimiento americano en España, y la posición crítica que sostuvieron frente a él los principales estudiosos españoles.

A partir de la superación de la vigencia de las vanguardias en las letras hispánicas de este siglo, se abrió para la crítica el paso a una visión más abarcadora, tras una vertiginosa sucesión de «ismos» y tendencias artísticas del más variado orden. A la luz de esta realidad, el modernismo, el último movimiento literario de una prolongación temporal más o menos extensa, «determinó el signo que tendría la literatura hispánica del nuevo siglo que es, dígame otra vez, el fenómeno más importante de la literatura internacional del siglo XX, en todos sus géneros y modalidades» (pág. 17).

Más allá de la teorización «clásica» formulada sobre el modernismo —visto como búsqueda de evasión, exotismo pasatista, etc.—, la nueva crítica viene a aportar una óptica diferente. Son, en última instancia, dos los elementos constitutivos del movimiento: cosmopolitismo e impulso renovador de signo espiritualista, teñido de trascendentalismo, como una forma de rechazo al positivismo imperante y una búsqueda de un más allá indefinido donde prolongar la existencia, llámese religión del arte, esoterismo, hipersensibilidad expresiva o perfección formal.

Juan Valera, Leopoldo Alas (Clarín), Azorín y Baroja conformaron una de las primeras trincheras antimodernistas en España, acusando de afrancesamiento a quienes por entonces lo propugnaban. Los primeros viajes de Rubén Darío a la Madre Patria (1892 y 1899) asientan la simiente de un futuro diálogo cultural entre la España materna y el hijo emancipado del Nuevo Mundo, ahora con particulares concepciones de la vida y del arte.

El modernismo chocaba por entonces con la preocupación nacional, la actitud criticista y el pesimismo de la generación del 98, a la que no sirven los moldes estetizantes de su «primo ultramarino».

En diarios y revistas literarias españolas de los albores del siglo, aparecen reflejados los antecedentes de una crítica antimodernista, reforzada por teorías tales como la crítica fisiologista de Max Nordau, que planteaba la degeneración del genio frente a la normalidad de la especie; y la crítica sociologista de Guyau, acerca del «decadentismo» en el arte, como debilitamiento o perversión de las fuerzas vitales.

Incluso al campo de la creación literaria fue llevada esta fobia antimodernista, con mordaces, a menudo hirientes, sátiras que se mofaban de aquel esteticismo y aquel cosmopolitismo.

Sólo a partir del Congreso Hispanoamericano (1900), el desenlace de la guerra cubana y la reimpresión de *Prosas Profanas* con sus agregados de tinte hispanófilo (1901), aparece el reconocimiento a la labor de los jóvenes poetas americanos, y el modernismo se transforma en el impulso programático de toda una generación es-

* Zuleta, Ignacio; La polémica modernista: el modernismo de mar a mar (1898-1907). Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1988 (291 páginas).

pañola, que comienza a ver en él el sesgo estético de «lo nuevo».

A partir de España, se expandirá como movimiento paneuropeo (Gourmont, D'Annunzio, Whitman, Verharen, Simmons, etc.), pero, en tanto renovación del lenguaje castellano con precedentes en el gongorismo, «se puede afirmar que con el auge, desarrollo y decadencia del modernismo, se forjó el destino de la expresión estética hispánica hasta nuestros días» (pág. 26).

Acaso, podría haberse dicho más acerca del alcance lingüístico, estético, filosófico y literario surgido de este movimiento de origen americano y ambición universalista; mas basta lo consignado por Zuleta para, lejos de apaciguarla, encender con nuevas y esclarecidas precisiones comparatísticas, la llamada «polémica modernista».

Sandro Abate

Volviendo a la Biblia*

En literatura no hay grandes o pequeñas obras según el número de páginas. Hay o no hay obra, dejando a un lado el grosor. Una obrita puede ser maestra, un cuento el resumen del universo, un poema, la misma esencia de la emoción.

Sara de Ur de José Jiménez Lozano, entendida por la extensión y contenido como una novela corta, un cuento

bíblico oriental, un relato poemático en prosa, es una obra, o una pequeña obra maestra que diría el tópico acertado.

No es *Sara de Ur* una novelita de tema religioso judaico, sino un relato existencial, humanizante, una mirada amorosa hacia el pasado que recrea el relato bíblico y lo acerca a nuestra sensibilidad poética y bíblica como hicieron Gabriel Miró —ese inmenso artista— y Salvador Espriu, autores de éticas estéticas, depuradores del estilo.

En *Sara de Ur*, Jiménez Lozano, sin olvidarse de la ética, con tanto peso en su obra, se entrega a la emoción creadora y descubre el júbilo de la escritura. Es ésta una obra alegre, inspirada en el relámpago instantáneo que en un momento cruza por la mente del autor para hacerse luego poema o cuento. *Sara de Ur*, es pues, una obra de intensidad más que de extensión. Este libro está escrito con el primor azoriniano. Se decanta el estilo. La poesía invade los dominios de la prosa.

Entre otras fuentes, se pueden rastrear en *Sara de Ur*, las huellas profundas de la Biblia, el placer por el relato oriental (ese gran libro de entretenimiento vital en el narrar que es *Las Mil y una noches*). Pero también la influencia de Erasmo, degustador de las esencias cristianas en sus obras. La estética carmelitana es la sencillez, cuyo ejemplo es la habitación de un convento, allí donde el alma se depura y sublima, entre las cuatro paredes blancas y el suelo de baldosas. Hay un lecho, una mesa y sillas rústicas, unas zapatillas. Por una ventana entra un haz de luz que ilumina la estancia. Está San Francisco de Asís y su amor por las criaturas. Hay un amor repetido de Jiménez Lozano por algunos animales domésticos como el gato o próximos como los pajarillos. También por animales tan exóticos y fascinantes como el cocodrilo o el elefante.

Sara de Ur es la historia y fábula, la vida posible, recreada de Sara, caldea, y Abraham, el hombre elegido por Yavé. Un relato de amor conyugal, con unión y desaveniencias, como ocurre casi siempre en el vivir humano. Aquí también hay un triángulo amoroso, el otro es Dios. Abraham es un hombre escindido entre sus deberes conyugales y la obediencia a Yavé, que hasta le exige «inhumanamente» la muerte de su hijo Isaac. Sara

* José Jiménez Lozano: *Sara de Ur*. Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, 123 páginas.